



## La incoherencia, elemento consustancial del comunismo (II)

Javier Fernández Aguado,

Presidente de MindValue. Twitter: @jferagu.

**E**n un alarde de sinceridad, cuatro días antes de la muerte de Lenin, Stalin proclamaba algo que todos, a excepción de los fanáticos, sabían: *“Nunca, ni por un minuto, los bolcheviques concibieron el partido de otro modo que como organización forjada de una sola pieza, hecha de un solo pedazo, que posee una voluntad y que reúne en su labor todos los matices de pensamiento en una sola corriente de acciones prácticas”*. (Dicho más claramente: una dictadura en la que él mismo marcaría todas y cada una de las reglas).

Para Stalin, las propuestas de Trotsky de libertad de agrupaciones no era más que el intento condenable (¡resuena esto mismo en los labios de los populistas contemporáneos!) de *“legalizar las fracciones, sobre todo la fracción de Trotsky”*. En enero de 1925, Trotsky sería destituido de comisario de guerra tras haber previsto la industrialización y militarización del país.

La incoherencia se implantó de forma inmediata y efectiva en la China comunista. Se proclamaba en público que no había que tener

Quienes habían proclamado que luchaban contra el despotismo del emperador eran en realidad mucho más crueles con el propio pueblo al que prometieron liberar )

más que los demás, pero Mao ordenó instalar en su casa calefacción por las paredes. En el norte de China las casas se caldeaban desde abajo gracias a un lecho de losetas, el *kang*, pero Mao prefería su cama de madera y, como calefacción optó por una nueva instalación más lujosa. Además deseaba contar con varias viviendas. Mao dispuso desde muy pronto de mansión detrás de Monte Yang y otra detrás del Jardín del Dátil. Pronto se irían multiplicando por toda China.

El libre mercado, la ley de la oferta y la demanda, fueron abolidos y sustituidos primero en Rusia y luego en China por un ruinoso sistema de comercio estatalizado. Lenin lo consideraba, a pesar de las hambrunas que pronto comenzaron a producirse, el sendero lógico precisa alcanzar su objetivo. Como excusa de los funestos resultados aseguró que el fiasco era producto del sabotaje de la burguesía, y más en concreto de los *kulaks*.

Quienes habían proclamado que luchaban contra el despotismo del emperador, eran en realidad mucho más crueles con el propio pueblo al que prometieron liberar. En un telegrama al sovieta de Nizhi-Novgorod, enclave en el que se preveía un levantamiento zarista, Lenin ordenó *“aplicar inmediatamente terror en masa, fusilar y deportar”*.

Martin Latsis, uno de los creadores de la cheka, que posteriormente sería purgado por Stalin, escribía: *“No busquéis en el expediente de los acusados pruebas de si se oponen o no al gobierno soviético con palabras o con actos. Lo que nos interesa es saber a qué clase social pertenecen, su origen social, su instrucción y su profesión. Estos son los datos que deciden su suerte”*. No

sólo pretendían eliminar a los supuestos culpables, sino a toda una difusa colectividad de colaboradores. Es decir, a cualquiera del 80% que no había votado a los bolcheviques. Y también, ¿por qué no?, a algunos de éstos.

Las cifras son impresionantes: entre cinco y nueve millones de personas murieron en torno a 1921 a causa de la ortodoxa implantación de los principios bolcheviques. El partido no podía ceder, era preciso imponer su férrea voluntad a todos. El terror era el instrumento.

En 1922, Lenin llegó a reconocer: *“Todo se ha sumergido entre nosotros en un asqueroso pantano de administraciones burocráticas”*. El problema es que señaló el problema pero no profundizó en las causas del mismo. La culpa, como no podía ser menos, era de los demás, porque –como afirmó en el XI Congreso del Partido–: *“Nuestros mencheviques y socialistas revolucionarios no son más que agentes de la burguesía”*. Y añadió, como si él no tuviera que ver con aquellas decisiones que ahora condenaba: *“En el noventa y nueve por ciento de los casos, los comunistas que ocupan cargos de responsabilidad no están situados en puestos para los que sean actualmente capaces, no saben llevar sus asuntos y ahora tienen que aprender”*.

En la primera gran purga fueron expulsados 136.835 militantes, sin darse cuenta de que el problema no eran los individuos, sino la concepción del mundo que había creado. Lenin reinaba y Stalin había comenzado a gobernar.

Mao y su gente, buenos discípulos de Lenin y Stalin en la valoración de sus propios intereses, se apropiaban siempre de las mejores vituallas. Los demás, al igual que los proletarios soviéticos, lo tenían todo radicalmente controlado e igualado.

Un ejemplo entre muchos: el algodón local era áspero. Para los dirigentes se importaba uno de extraordinaria calidad, más suave. Por fuera, como buen fariseo, Mao vestía igual que los demás, pero la ropa interior se elaboraba con finas telas. Sus sirvientas, sin embargo, no tenían derecho a ropa íntima ni a calcetines, y por eso pasaban mucho tiempo resfriadas. Todo –tabaco, velas, papel, etc.- era mejor para los jerarcas que para los demás.

Las enfermedades provocadas por infecciones o sencillamente por el frío y la malnutrición eran frecuentes. Las medicinas se empleaban únicamente para los jerarcas. Se dio

## Entre cinco y nueve millones de personas murieron en torno a 1921 a causa de la ortodoxa implantación de los principios bolcheviques )

el caso de una ambulancia que llegó financiada por chinos de Nueva York que trabajaban en lavanderías, y, en vez de emplearla para los heridos, se la incautó Mao como uno de sus coches. Lo llamaron el coche del presidente Mao. El objetivo originario de los generosos donantes había sido radicalmente distinto.

Se notificaba que no eran decisiones de los jerarcas, sino de un difuso Partido. Se repetía: *“Fijaos, por ejemplo, en el presidente Mao; el Partido puede ordenarle que coma un pollo al día”*. A pesar de esas falacias y de la reiterada publicidad en pro de los magnates, muchas personas no cerraban los ojos a la realidad, y concluían: *“En Yan’an sólo hay tres cosas iguales para todos: el sol, el aire y los retretes”*.

Cuando alguien se quejaba, se le indicaba que lo que le sucedía es que flaqueaba su fe en la revolución... Lo importante no es que fuese lógico, ni entender, sino que sencillamente había que creer. Cuando alguien disiente en estos partidos únicos, la respuesta es rauda. Wang Shiwei, denunciando para sí mismo esas incongruencias, escribió en *“Diario de la Liberación”*: *“Yo no soy un igualitario, pero no creo que sea necesario ni que esté justificado que existan múltiples gradaciones en lo que respecta a la alimentación o al vestido (...). Si mientras los enfermos ni siquiera pueden tomar un sorbo de fideos (...) algunos peces gordos de por sí bastante sanos se permiten caprichos injustificados y en absoluto necesarios, las bases se alienarán”*.

Llegó, pleno de audacia, a escribir en un cartel: *“Hay que establecer la justicia en el Partido. Hay que acabar con las injusticias (...). Preguntaos, camaradas (...) ¿Tenéis miedo de decirles lo que pensáis a los peces gordos? (...). ¿O sois de esos a quienes les gusta perseguir a los modestos con falsas acusaciones?”*.

Lo pagaría caro, porque ni la ética ni la transparencia son bien recibidas en ninguna de las sectas de inspiración marxista. )